



Homilía en la Santa Misa en la Jornada mundial del emigrante y del refugiado Parroquia de El Salvador (Soria) – 14 de enero de 2018

Queridos hermanos y hermanas:

Tras las fiestas de la Epifanía y el Bautismo del Señor, que celebramos la semana pasada concluyendo así el tiempo de Navidad, comenzamos el Tiempo Ordinario. Hoy es la Jornada mundial del emigrante y del refugiado que tiene un doble objetivo: Por una parte, hacernos caer en la cuenta de la triste realidad de los miles de emigrantes y refugiados que se ven obligados a huir de las guerras, de las persecuciones, de los desastres naturales y de la pobreza; por otro, encontrar propuestas entre todos (gobiernos, organizaciones sociales, Iglesia, etc.) que intenten paliar las situaciones, a veces dramáticas, de todos aquellos que se ven obligados a emigrar o a pedir refugio.

Esta necesidad de colaboración o de sinergia para un problema que sobrepasa las fuerzas individuales es subrayada por el Papa Francisco en su mensaje dirigido a propósito de esta Jornada: *“Es una gran responsabilidad de la Iglesia compartir con todos los creyentes y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que están llamados a responder con generosidad, sabiduría y amplitud de miras -cada uno según sus posibilidades- a los numerosos desafíos planteados por las migraciones contemporáneas”*.

Es de destacar que, desde el principio de su Pontificado, el Papa ha dado, con sus palabras y sus gestos, una importancia singular al tema de las personas que se ven obligadas a desplazarse. Todos recordamos la visita que hizo a la isla de Lampedusa el 8 de julio de 2013 y cómo esta experiencia le marcó hasta el punto de crear un nuevo Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral; además, la sección especial de los emigrantes, refugiados y víctimas de la trata ha sido dirigida temporalmente por el mismo Papa.

La atención a esta realidad está fundamentada con una reflexión que sigue la tradición de la Iglesia: cada forastero que llama a nuestra puerta es una ocasión de encuentro con Jesucristo, que se identifica con el extranjero acogido o rechazado en cualquier época de la historia (cfr. Mt 25, 35-43). A cada ser humano que se ve obligado a dejar su patria, en busca no ya de un futuro mejor sino simplemente de futuro, el Señor lo confía al amor maternal de la Iglesia (cfr. Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado 2018).

La situación humana de estas personas que se ven obligadas a desplazarse es a veces tan trágica (los medios de comunicación nos muestran las imágenes de tantas personas que pierden la vida en el viaje buscando lugares donde poder vivir) que debemos evitar,

según mi opinión, dos extremos: 1. Pensar que el emigrante y el refugiado van a desestabilizar el estado de bienestar social conseguido con tanto esfuerzo en Europa con la consiguiente pérdida de nuestros derechos legítimamente adquiridos; y 2. Hacer de los migrantes un punto de estrategia convirtiéndolos en meros objetos de discusión política.

Para evitar estos dos extremos y así acercarnos a estas personas desplazadas que se encuentran en nuestros pueblos y ciudades nos ayudan los cuatro verbos desarrollados por el Papa Francisco en su Mensaje para esta Jornada; constituyen el lema que podría resumir cuál podría ser la acción de la Iglesia y de la sociedad hacia los emigrantes y refugiados: **acoger**, **proteger**, **promover** e **integrar**. El Papa hace propuestas muy concretas para intentar solucionar esta realidad desarrollando lo que significa cada uno de estos verbos:

Acoger significa esforzarse por respetar la dignidad fundamental de estas personas que vienen a nuestros países para que puedan entrar de manera que no peligren sus vidas, de modo seguro y legal.

Proteger en el origen, en el viaje y en el destino: *“Proteger nos recuerda el deber de reconocer y de garantizar la dignidad inviolable de los que huyen de un peligro real en busca de asilo y seguridad, evitando su explotación”* (Mensaje para la celebración de la 51 Jornada mundial de la paz 2018).

Promover quiere decir apoyar el desarrollo integral de estas personas en todas sus dimensiones, incluida, por supuesto, la dimensión trascendental y religiosa.

Integrar es favorecer la cultura del encuentro que lleva al enriquecimiento mutuo y a una colaboración fecunda en favor de todos los que formamos la comunidad humana.

Nuestra Iglesia diocesana ofrece su ayuda a los agentes sociales y políticos con el fin de ayudar a las necesidades reales de las personas desplazadas que se encuentran entre nosotros; agradezco la labor realizada por las diversas organizaciones eclesiales (Delegación de migraciones, Cáritas diocesana, etc.) y por tantos cristianos en favor de estas personas necesitadas.

Quiero terminar haciendo una observación que, por obvia que resulte, no es menos importante: muchos de estos emigrantes son hermanos nuestros porque han recibido el mismo bautismo. No olvidemos que la mejor acogida, protección y promoción es integrarlos también en nuestras comunidades cristianas. Ellos son hijos de Dios y miembros de la Iglesia porque tenemos *“un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”* (Ef 4, 5-6).

El Señor, como hizo con Andrés y Juan, con los Doce, nos llama para esta misión con nuestro nombre: *“Venid y veréis”*. Sólo desde el discipulado, desde el seguimiento de Jesús, se puede entender el mensaje de Jesús. La Iglesia, tu parroquia, la comunidad eclesial a la que perteneces, será creíble por la fuerza del testimonio. ¡Cristiano, acoge a todos sin distinción, protege a los más débiles, promueve la solidaridad e integra en una comunidad a quien lo necesita! ¡Se lo estás haciendo al mismo Cristo!